

AFRICA EN TRANSICION

EL factor primordial de nuestro tiempo es el nacionalismo asiático y africano». Estas palabras del Presidente Sukarno, de Indonesia, durante su viaje a los Estados Unidos, definen un hecho fundamental. El despertar del nacionalismo, tras de la segunda guerra mundial, expone claramente el grado de madurez alcanzado por las Humanidades que pueblan los países dependientes.

El curso de los últimos acontecimientos ha promovido el rápido auge de la llamada «cuestión nativa» en amplios y opuestos lugares del Continente africano. Es la consecuencia natural de la multiplicación de contactos entre occidentales y colonizados. Tal simbiosis ha proporcionado, indudablemente, beneficios materiales a los africanos, pero ha introducido, simultáneamente, una serie de inquietudes políticas, económicas y sociales que anteriormente eran desconocidas. El profesor MacMillan inventó la frase «Africa Emergent», que es una realidad aplicada al plano político.

Las poblaciones africanas, sometidas durante siglos a la ley ancestral de gobierno, se han despertado, bruscamente, en un mundo teóricamente abierto al anticolonialismo, definidor de la democracia y de los derechos del hombre, que, al propio tiempo, ha sido el que ha dado origen a las ingentes masas proletarizadas desarraigadas de sus medios tradicionales. Se ha desarrollado un nuevo espíritu colectivo en el seno de las poblaciones negras. Un claro sentimiento racial y político les impele a remover los obstáculos que se oponen a su propio gobierno. Esa potente tendencia se ve asistida por los principios en que se fundan los Organismos internacionales.

En 1946 cesaron, legalmente, de existir las colonias en el antiguo significado de la palabra. Las naciones coloniales se vieron en la precisión de escoger entre la emancipación total y el «fideicomiso», palabra que parece haber sido empleada por vez primera por el Insti-

tute of Pacific Relations durante su VIII Conferencia (diciembre de 1942) en Mont-Tremblant (Canadá). En la Conferencia de San Francisco se elaboró la organización de tal régimen mediante una declaración relativa a los territorios no autónomos, un régimen internacional de Tutela y la creación de un Consejo de Tutela (Carta de las Naciones Unidas, capítulos XI al XIII, artículos 73 a 91).

Desde hace algún tiempo se ha abierto el camino a todo propósito que tienda a evitar graves riesgos a la paz que prevalece en la nueva situación mundial. La Gran Bretaña ha dado, en este aspecto, señales de buen sentido político, sin alterarse por el elevado precio que ha sido necesario para llegar a un acuerdo con partes importantes de su antiguo Imperio. El juicio definitivo de la Historia no puede conocerse aún por su proximidad en el tiempo. Los historiadores juzgan, hoy, como un desastre el Tratado de París que privó a Francia del Canadá y las Indias. Tal vez movida por esa opinión, Francia sigue una política que dificulta la «liquidación» del Imperio colonial, sin percatarse de que la misión histórica de Europa puede ser, quizá, el adecuado sacrificio de algunos territorios, si mediante ello se puede facilitar su permanencia en el ámbito de una comunidad mutua de intereses.

La Iglesia católica, al reconocer los derechos de los pueblos dependientes a la autonomía, ejerce un magisterio saludable. La posición definida por la Iglesia responde plenamente a las necesidades del momento presente en Africa.

«La Iglesia desea ardientemente que los hombres y los pueblos progresen hacia el máximo bienestar y asuman sus responsabilidades, y la libertad política es una de estas libertades y responsabilidades fundamentales. La Iglesia, como el Derecho natural, reconoce la libertad de los pueblos a gobernarse a sí mismos. En conclusión, reconocemos la legitimidad de la aspiración a la independencia» (1).

Francia, en esta encrucijada importante de la Historia, no ha sabido hallar nuevos caminos. Hubiera podido ser la clave de una fructífera unión entre Europa y Africa. En esto consistía su misión permanente, extratemporal. Al propio tiempo tal éxito hubiera conciliado

(1) Comunicado de los Vicarios y Prefectos Apostólicos de Madagascar a todos sus fieles. Texto completo en la Doc. Cath. del 30 de mayo de 1954, número 1.174; Cfr. *Revue de l'Action Populaire*, 99, pág. 646, París, junio de 1956.

sus vocaciones continentales y marítimas. «Francia es la oportunidad de Africa; Africa la oportunidad de Francia», manifestaba últimamente M. Houphouet, que representa a la Costa de Marfil en la Asamblea. «Euráfrica es la última oportunidad de Europa», se afirma frecuentemente en los medios oficiales y financieros del país galo. Organismos tales como el Patronato de la Unión Francesa y el Comité de Estudios de la Francia de Ultramar sostienen vigorosamente esta tesis.

Pero ¿en qué condiciones se supone que ha de fundamentarse esa entidad asociativa «Euráfrica»? M. Philippe Lalanne opina que «el interés de Europa (hacia Africa) no procede de una simple noción de prestigio, sino de estrictos imperativos políticos, militares y económicos» (2). En el desarrollo de su tesis tan sólo cuentan las consideraciones estratégicas y económicas. Para Lalanne, Africa es un apéndice territorial de Europa, y el hecho de que existan unas poblaciones nativas no interviene en esta consideración.

Pretender reducir, en los momentos actuales, la misión histórica de toda una civilización —la cacareada «civilización occidental»— en el Continente africano a la creación de unas bases, un soporte militar, en la pugna con el mundo comunista, es, ante todo, deshonesto. Hemos advenido a un momento en que se ha abierto paso, merced al progreso científico y cultural, la verdad de los vergonzosos hechos que el colonialismo ha ejecutado en el pasado. Nadie que aspire a ser considerado como ecuánime y objetivo puede defender esa actuación cargada de explotación y atropellos. Reducir el papel de los países africanos a una mera extensión superficial apta para la instalación de bases militares, menospreciando el sentir de sus poblaciones, advenidas, penosamente, a un estado de evolución cultural y política, es inmoral.

Actualmente, el prestigio europeo en Africa está en franca decadencia por el recuerdo de los errores de la colonización. El colonialismo ha sido, indudablemente, el mal gobierno, aunque no sea, tal vez, la culpa tanto de los hombres como del régimen en que éstos gobernaban. La vieja experiencia incita a las masas africanas, formadas en los nuevos moldes, a recabar la dirección de sus propios asuntos.

Además, es estúpida la tesis que comentamos —que, dicho sea de paso, goza de gran valimiento en medios políticos, militares y financieros de las Potencias coloniales— porque no se plantea una cuestión

(2) PH. LALANNE: *Afrique, enjeu intercontinental*, Eurafrique, enero 1955.

previa de importancia capital: ¿es seguro que las poblaciones africanas y los territorios que habitan han de seguir vinculadas a Europa? ¿No podrán operarse en el Continente africano los mismos acontecimientos que en Asia eviccionaron la parte más rica y populosa de la influencia o del dominio occidental? Que tal situación puede producirse lo demuestra el hecho de que la Gran Bretaña, más realista que Francia en este aspecto, ha afirmado su tendencia a aceptar la autonomía de los territorios que controla en Africa. Porque, evidentemente, existe un alto grado de probabilidad de que esto ocurra en corto plazo. Como afirma Naville, «la emancipación de Asia es el prelude de una liberación (en Africa) que ha de alcanzar inevitablemente a todos los pueblos que domina Europa» (3).

No puede ignorarse que los pueblos africanos oponen una resistencia cada vez más eficaz a intervenir en políticas que no sean la suya propia. Es un estado de opinión colectivo que denuncia un creciente malestar ante la autoridad de las Potencias «fideicomisarias» o «protectoras». Cuando Gamal Abd-el-Nasser declaraba en Bandung que «el juego de potencias políticas, en el cual las pequeñas naciones se ven forzadas al papel de instrumento, debe cesar si se desea que desaparezca la actual tensión internacional», expresaba un anhelo fuertemente arraigado en el Continente, y su opinión de que «el nacionalismo cuando es contrariado en su marcha engendra problemas difíciles de resolver, pero que tratado con sabiduría y realismo se traduce en amistad y generosidad», encierra la única fórmula viable en la futura conducta con los pueblos dependientes. Precisamente por no haber sido adoptada asistimos al amplio panorama de revueltas y subversiones. La resistencia existe en Costa de Marfil, Guinea, Gabón, Cámerun, Kenya, Tanganyika, Rhodesias, etc.

Por esto, «apoyar una estrategia continental sobre semejante mentalidad es ir inevitablemente, en caso de un conflicto generalizado, hacia graves conflictos internos. Deben estimarse en su justo valor los movimientos que se desarrollan hoy en Africa» (4).

Los recientes ejemplos de independencia en los Estados del Suroeste (Libia, Túnez, Sudán y Marruecos) han tenido notable repercusión entre las poblaciones subsaharianas.

(3) P. NAVILLE: *L'Afrique. Enjeu Strategique, Présence Africaine*, III, página 25, París. 1955.

(4) P. NAVILLE, *op. cit.*, pág. 26.

Es un hecho, comprobado día a día, el de un repentino despertar de la conciencia nacional entre las masas del Africa negra. Ha sido considerado, en muchos casos, como sorprendente. No se contaba con un movimiento de tan amplio alcance, porque en el período precursor a la última guerra no parecían advertirse las agitaciones dinámicas que preceden a las grandes transformaciones. A tal apreciación superficial escapaban las profundas corrientes que vivifican el alma africana, fundadas en elementos psicológicos, históricos y sociales que no siempre resultan fáciles de detectar. De tal forma pudo olvidarse que las relaciones humanas son dinámicas y no estáticas, y que en el pasado medio siglo la base de una convivencia entre europeos y africanos se había modificado sustancialmente. Hoy se ha llegado a un conflicto político inter-racial que sólo en el caso de Kenya desembocó en una cruda xenofobia y revuelta armada, pero que a la luz de los acontecimientos globales impele a una total revisión de la conducta de las potencias occidentales respecto a los países del Continente africano.

Las colonias presionan poderosamente para obtener la autonomía, y han hallado soluciones fundamentales para sus casos individuales. No obstante, sin denegar la validez y legitimidad de tal anhelo, es preciso tener en cuenta dos problemas previos. El primero radica en determinar la posibilidad de que una colonia pueda subsistir como Estado autónomo con sus medios propios. La extensión territorial no es el único factor que debemos considerar a este respecto, puesto que existen casos de pequeñas comunidades que han subvenido mejor que otras más amplias a sus necesidades administrativas para mantener un Gobierno independiente.

En segundo lugar, un Estado debe ser viable económicamente. Lo cual no es lo mismo que decir que sea autosuficiente. Planteada así la cuestión pocos Estados podrían serlo. Pero, en todos los casos, podemos considerar un nivel económico mínimo por debajo del cual no existe ninguna posibilidad de soberanía. Se puede determinar dicho nivel comprobando si la economía es lo suficientemente robusta para mantener los mercados internos y desarrollar la renta suficiente para el pago de los servicios básicos (carreteras, ferrocarriles, y otros medios necesarios para el desarrollo de sus economías).

Costa de Oro, con una población de cerca de seis millones de habitantes, con una agricultura próspera y una industria rica —que

cuenta, además, con la posibilidad de producir aluminio a partir de la bauxita—, posee las condiciones necesarias para la plena soberanía.

Pero ¿qué sucedería en el caso de Zanzíbar, por ejemplo, donde ha tomado incremento la idea de ser, próximamente, un Sultanato democrático independiente? La población actual es de 270.000 almas, y la isla sólo cuenta con una escasa producción agrícola, principalmente clavo. Ejemplos como éste nos demuestran que los recursos de Europa y los de Africa son complementarios. Hoy es difícil e imposible concebir economías nacionales, o regionales de tipo autárquico, incluso en grandes territorios, sin comprometer el nivel de vida y las posibilidades de progreso de las poblaciones.

En este hecho encontramos, precisamente, la razón de ser de una política europea enfocada cara al Continente africano del porvenir. Europa debe liquidar con honradez su pasado colonial estimulando y concediendo la autonomía a sus territorios africanos, y desarrollando una asociación entre pueblos y federaciones libres a través de acuerdos concertados espontáneamente de los que se obtenga mutuo beneficio. Suret Canale aplica esta tesis a los territorios franceses, siendo recogida por P. Mus (5), que, a propósito de ella, escribe: «Ve en un sincero reconocimiento del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, el único medio de salvar la llamada «Unión Francesa», que no podrá sobrevivir más que transformándose en una asociación igual para todos los pueblos-miembros. Con el derecho de rehusar la asociación». La idea de Mus es la creación de una extensa Federación, pero con la condición de la previa aceptación por los países de Ultramar de vínculos federales con Francia, lo que excluye todo derecho de reparación. En tal sentido la bondad de la idea federativa queda mixtificada por la eterna cicatería que ha prevalecido en los contactos de Europa con respecto a Africa.

El hecho positivo es que el nacionalismo constituye el signo bajo el que discurre el Africa actual. La autonomía se va abriendo paso, gradualmente, y, por ello, es preciso estudiar un *modus vivendi* entre los inmigrantes europeos y los gobiernos nativos en el plano puramente interno y una colaboración efectiva en la esfera internacional. La libre cooperación en el terreno económico brinda amplias oportunidades. El profesor Lewis demostró, en su informe acerca de

(5) P. MUS: *Le destin de l'Union française*, Éditions du Seuil, París, 1955.

la industrialización en la Costa de Oro, que este país necesita más del extranjero que el extranjero de la Costa de Oro (6).

La naturaleza de toda futura asociación entre africanos y occidentales requiere una revisión de los términos en que debe efectuarse. A los africanos más capacitados corresponde la tarea de determinar los límites en que puede fundamentarse una sociedad multirracial estable.

La trascendencia que para el mundo occidental requiere el logro de un firme entendimiento con los países del Continente africano, justifica el olvido de los vanos prejuicios de superioridad étnica o histórica que, hasta el momento, han prevalecido entre las «élites» colonizadoras. No puede hablarse más de «pueblos recién advenidos a la Historia» cuando nos referimos, por ejemplo, a los que poseen un historial tan dilatado en la cultura como los artifices del extraordinario arte Nok, que se remonta al primer milenio a. J. C.

Sólo una recíproca estimación y lealtad puede asegurar la futura colaboración euroafricana. Sería ilusorio mantener la idea de que sin una mutua compenetración de ideales pudiera asegurarse que la conducta de los nacientes Estados africanos —jóvenes en la política internacional, pero cargados de un rico patrimonio cultural pretérito— haya de acomodarse forzosamente al molde de las ideas occidentales. Para todo nativo nada hay comparable a su propio pasado.

Se supervalora el hecho de que una gran parte de los actuales dirigentes africanos han recibido su educación fuera del Continente, principalmente en Europa, exceptuando una minoría que ha cursado estudios en la India y la U. S. A. La consideración de que si las clases mejor preparadas para el Gobierno de los futuros Estados africanos se han educado en Europa no quiere decir que su conducta haya de condicionarse fatalmente por esa experiencia, tendiendo a unificar sus propios intereses con los de las Potencias colonizadoras.

La futura colonización sólo podrá sustentarse sobre la base de una mutua conveniencia. Africa está necesitada de técnicos y de capital, y ambos elementos puede proporcionarlos Europa ayudando lealmente al desarrollo económico y social del Continente. Decimos lealmente,

(6) W. A. LEWIS: *Report on Industrialisation and the Gold Coast*, Manchester University, 1953.

esto es, ausente de egoísmos exagerados, puesto que no es Europa quien monopoliza tales elementos.

Se juzga equivocadamente el panorama cuando se considera que los principales contactos históricos que Africa ha mantenido han sido con los países europeos y que el atractivo económico occidental, en el momento presente, ha de ser un motivo eficaz que prolongue su vinculación. Si Africa produce materias primas y alimentos para las altamente industrializadas sociedades europeas, Europa debe suministrar personal técnico, capital y equipos industriales para el desarrollo africano. Claro está que para que tales contactos económicos puedan fructificar en hechos positivos es preciso que los gobernantes africanos demuestren que son capaces de mantener el orden público y la integridad y eficacia de los servicios públicos. «Si no puede existir «Pax Británica», se necesita algún otro tipo de «Pax» —«Pax Azikiwe» o «Pax Nkrumah» (7)—.

No debe olvidarse que cuando afirmamos que Africa podría desarrollarse con la ayuda financiera y técnica de los países que poseen sobrados recursos de este tipo, no podemos pasar por alto la posible competencia que al mundo occidental puede presentar la Unión Soviética que, por boca de Chepilov, manifestó que: «Una colaboración pacífica en el terreno económico le dará a la vanguardia comunista la ocasión de atraerse muchas fuerzas que le serán útiles para derribar de una vez la construcción capitalista.» De esto se deduce la importancia que para el mundo occidental supone una rápida y eficaz cooperación en los países africanos haciendo desaparecer antagonismos perturbadores.

Ante el hecho innegable de la competencia soviética se revela la necesidad de establecer una política europea común en relación con el continente africano, desarrollando un trabajo en beneficio general. Recalcamos el sentido de unidad que falta por completo en el aspecto político. Si desde 1950 se realizan periódicos contactos entre los Estados Mayores franceses y británicos en Tananarive y Nairobi y entre franceses y belgas en Dakar, Brazzaville y Leopoldville, habiéndose llegado a una alta compenetración en el terreno militar, ¿por qué la actuación política, el substrato en que aquélla puede apoyarse,

(7) F. J. PEDLER: *Foreign Investment in West Africa*, *International Affairs*, XXXI, núm. 4, págs. 464, 1955.

presenta antagonismos irreconciliables? Porque Africa está hoy disgregada en dos bloques de opuestas directrices (autonomía y «apartheid»). En los territorios vinculados aún a las metrópolis se asiste al experimento de políticas muy variadas, cuyos resultados son imposibles de predecir. Entre otras razones, porque esos ensayos son, tal vez, los primeros balbuceos de una tentativa para constituir un conjunto orgánico.

Esto explica que las soluciones que se aplican en cada caso sean totalmente distintas. Mientras que Nigeria y Costa de Oro advienen a la autonomía por el camino de su adecuación a una fórmula parlamentaria y democrática, en Africa oriental no se ha adoptado ninguna línea clara de conducta política. Tanganyika se desplaza en el rumbo de un gobierno tripartito para las tres razas con una misión común como supremo ideal. No obstante, el conjunto de esta política ha sido puesto en tela de juicio por el informe que redactó la Misión de las Naciones Unidas que visitó el país.

Uganda permanece en un estado de indeterminación (Buganda se muestra contraria a toda forma de gobierno centralizado), y aunque se proyecta un Gobierno multiracial, el Consejo Nacional de Uganda desencadena una activa campaña a favor de la inmediata autonomía. Las reformas políticas proyectadas por Sir Andrew Cohen como remedio de la decadencia del prestigio metropolitano no pueden provocar una interpretación más generosa entre las masas, puesto que discrepan de principios tenidos por fundamentales y sólo la reforma total de la institución política — cercenamiento en primer lugar de la autoridad del gobernador — puede satisfacer el deseo general.

Kenya también estudia el gobierno multiracial. Las circunstancias creadas por la insurrección impiden la celebración de elecciones que determinen hasta qué grado tales proyectos gozan del apoyo del pueblo en sus distintas razas. No obstante, aunque la falta de expresión de la voluntad popular nos fuerce a una opinión meramente estimativa, juzgando por la posición de la Federación de Trabajo, parece clara una arraigada aspiración nacionalista.

En Sierra Leona, el experimento practicado en 1951 de conceder una nueva Constitución para colmar las reivindicaciones nacionalistas no dió el fruto apetecido, y desde diciembre de 1955 la agitación ha crecido notablemente manifestándose brotes de terrorismo no eliminados hasta el momento.

La determinación de integrar en la Unión Francesa a las posesiones del Africa negra no bastan a calmar los deseos de independencia. Así ocurre con los «Territorios Asociados» del Togo y del Camerun, donde el U. P. C. desarrolla una campaña particularmente virulenta.

Si agregamos el caso de los asiáticos, con la India erigida en potencia independiente tras el océano, los europeos, en los que se impone la reflexión de hasta qué punto conviene mantener sus vínculos con la madre patria, y los propios africanos que mantienen la misma situación ante grupos étnicos de los que fueron segregados administrativamente, podemos formarnos una idea bastante aproximada del caos que se fragua en el Continente por la carencia de una línea clara de continuidad política.

¿Hay algún signo que permita suponer que esos movimientos políticos dispersos a través del Continente en evolución poseen un sentido unitario o una serie de caracteres comunes que implican su valoración como substrato del presente africano? Aceptando provisionalmente que se trata de movimientos de tipo regional, étnico o nacional, debemos admitir, simultáneamente, que todos ellos tienen un índice político común: el establecimiento de la autonomía. Estamos en presencia de la culminación de un dilatado período histórico —el colonialismo bajo todas sus formas— y asistimos al nacimiento de una historia política basada en la propia determinación.

Todos estos países del Africa subsahariana se hallan en momentos de transformación política y social derivado de una evolución operada en el medio siglo último, pero cuyas condiciones fueron activadas repentinamente por la última contienda bélica. Este cambio —producido de una manera harto brusca— no ha seguido el proceso normal en esta clase de movimientos y puede considerarse como un subproducto del colonialismo. Los casos más patentes son los de Nigeria y Ghana, países que han vivido hasta hace unos años en régimen colonial bajo la administración y tutela de la Gran Bretaña y se encuentran súbitamente con la independencia y unas instituciones al estilo democrático de Occidente.

De tal modo, la tesis mantenida brillantemente por el profesor Harlow, de «un nuevo tribalismo africano», para explicar el acontecer actual del Continente, parece hallarse en contradicción con he-

chos de gran importancia que le restan mucho valor (Kikuyu, Baganda y Ashanti).

Los europeos, que tan sólo hace cinco años concedían poca importancia a la política que fuera adoptada en los países dependientes, se han percatado súbitamente de su trascendencia y tienden a polarizarse en dos grupos partidarios, respectivamente, del máximo liberalismo y de la más cerrada intolerancia, cuyo máximo exponente lo detentan los sugeridores de diversos planes de segregación racial.

El ansia general de autonomía extendida en África debe ser enfocado cuidadosamente por todo lo que puede implicar de desplazamiento de Occidente de un sector donde tradicionalmente imponía su voluntad. La experiencia ocurrida en el Asia oriental al final de la guerra abona ese criterio.

En la Conferencia de Bandung, veinticinco Estados africanos y asiáticos que consideraban, en cualquier forma, haber sido explotados y dominados por el hombre blanco, examinaron las posibilidades de su colaboración internacional y su aportación a la paz mundial. Si bien compartimos la opinión de Cordero Torres de que «Bandung, que no fué, ni mucho menos, un fracaso para sus convocadores y organizadores, reveló las enormes diferencias que subsisten y subsistirán durante mucho tiempo entre los países asiáticos y africanos» (8), es innegable que pese a todas las diferencias se ha creado un área neutral de inmensa extensión constituida por los Estados últimamente advenidos a la independencia que son libres de escoger su alianza con el mundo comunista o con el occidental. La simple vigencia de esa posibilidad en la mayor parte del Septentrión africano y en una zona rica y populosa de la costa occidental nos revela la magnitud de la encrucijada que se ofrece al mundo libre.

Ante los países que han salido de la órbita colonial, las potencias occidentales se encuentran impelidas a mantener lazos de amistad, así como a suministrar ayuda militar y económica aun a despecho de la impresión que esto puede causar de constituir una velada manifestación de imperialismo. La razón de esta conducta reside en el hecho de que Rusia ha llegado a un nivel de desarrollo tal que le permite penetrar en el campo de la competencia económica. Así ha ocurrido,

(8) J. M. CORDERO TORRES: *Panorama diplomática de Afrasia*, CUADERNOS AFRICANOS Y ORIENTALES, núm. 33, pág. 9; Madrid, 1956.

hablando del Continente africano, con Liberia y Egipto, a las que ha ofrecido en los últimos meses crecidas ayudas financieras tratando de atraer hacia su órbita a esos pueblos.

La existencia de pactos militares, aunque se hallen enfocados contra el peligro agresivo, constituye un motivo de ofensa para la opinión pública de muchas naciones nuevas que dudan ante la conveniencia de hallarse ligadas al mundo occidental. Esos recelos son hábilmente explotados por Rusia en favor del comunismo, que se presenta como adalid de la paz y la confraternidad internacional, pero cuyas intenciones no pasan inadvertidas. En la Conferencia de Bandung, el representante de Libia, Mahmud Bey Muntasser, se pronunció decididamente contra toda injerencia ideológica del exterior: «Admitimos —dijo— que cada país tiene perfecto derecho a escoger la ideología que desee. Pero es peligroso para el mundo que algún país se inmiscuya en los asuntos internos de otro país o intente hacer presión sobre él para imponerle un modo de vida diferente o un sistema de gobierno distinto. Tal injerencia, sea cual sea su origen, no es más que otra forma de colonialismo y, en suma, una esclavitud intelectual.»

Ante el estado presente de evolución que prevalece en el Continente, el éxito será para la política que manifieste una mayor comprensión de las realidades africanas y que sea adoptada, con caracteres de generalidad, en el más breve plazo posible. Los principios y los métodos introducidos en las relaciones internacionales deben fundamentar esta acción de indudable trascendencia para el porvenir del mundo libre.

JULIO COLA ALBERICH

CRONICAS

